

CAPÍTULO II

INGRESO DE LUTERO EN EL CLAUSTRO

En medio de los grandes pensamientos, que embargaban su alma, sintió Lutero necesidad de ver á su familia, cuya suerte habia variado por completo. Hans, su padre, no era ya aquel trabajador, que ganaba penosamente su jornal, sino jefe de artesanos y hasta cierto punto cabeza de legion; Margarita, su madre, no era ya aquella mujer que bajaba las teas al pueblo en sus espaldas; mejorada en su situacion económica y libre para darse á las faenas de su casa, criaba á sus hijos en la abundancia y se dirigia á Dios en continuas y fervorosas oraciones. De paso, antes de llegar á la casa de sus padres, debia ver Lutero en Eisenach la casa de su bienhechora; el sitio en que cayeron las benditas monedas rociadas con sus lágrimas; el aire que recogió las primeras cadencias escapadas de su pecho; la ventana por donde apareció, en forma de mujer, la buena fortuna; los chiquillos que le recibieron; el comedor donde apagó su sed; todos los lugares santificados por el cambio y direccion nueva de su vida. Salieron, pues, él y un jóven amigo suyo, de buena mañana; y á la media hora toparon ¡ah! con casual accidente. Iba departiendo Lutero con su camarada, cuando un gran cuchillo, que llevaba al cinto, se le cayó con estrépito, y dándole en el pié, le abrió una arteria, por la cual pudo escapársele toda la sangre, resultando una herida mortal de necesidad. Su compañero le cogió en hombros, y lo volvió á la ciudad, manchándose en la sangre que le corria á todo lo largo del cuerpo. Mientras el cirujano ligaba la vena á Lutero, encomendábase este á la Virgen María; y á medida que iban decre-

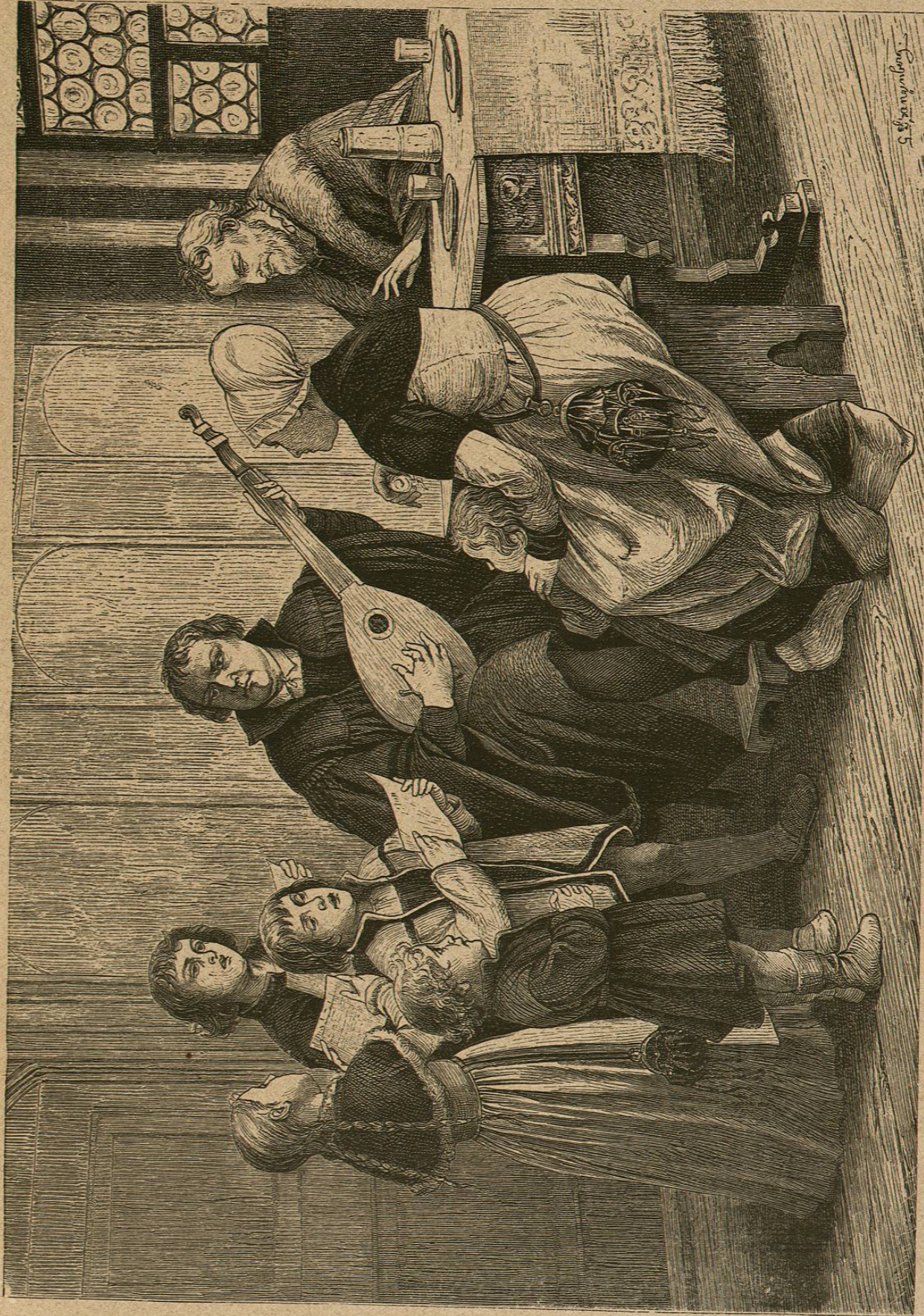


LUTERO APRENDIENDO A TOCAR EL LAUTO EN CASA DE URSULA COTTA

CAPITULO II

INGRESO DE LUTERO EN EL MONASTERO

En medio de los grandes pensamientos que atormentaban su alma, vio Lutero necesidad de ser a su familia, cuya vida había estado ya completo. Hans, su padre, no era un simple trabajador que ganaba su sustento su jornal, sino jefe de una familia numerosa que vivía en un pequeño hogar, su madre, en sus veintidós años, era una mujer fuerte y activa, una mujer de las que, mejorada en su vida, se dedicaba a las labores de su casa, criaba a sus hijos, y en sus ratos libres se entregaba a fervorosas oraciones. De que se acordaba él, cuando veía a sus padres, desde ver Lutero en Eisenach la casa de su familia, donde se cayó en las benditas monedas rociadas con sus lágrimas, el aire que recogió las primeras calencias escapadas de su pecho, la ventana por donde apareció, en forma de mujer, la buena fortuna; los chiquillos que le recibieron; el comedor donde apagó su sed; todos los lugares santificados por el cambio y dirección nueva de su vida. Salieron, pues, él y un joven amigo suyo, de la casa, y a la media hora toparon ¡ah! con casual accidente. Ha despartido Lutero con su camarada, cuando un gran cuchillo, que llevaba al tinto, se le cayó con un trépito, y dándole en el pié, le abrió una arteria, por la cual pudo escapar toda la sangre, resultando una herida mortal de necesidad. Su compañero le cogió en hombros, y lo volvió a la ciudad, arrastrándose en la sangre que le corría a todo lo largo del cuerpo. Mientras el religioso se acercaba a Lutero, encomendábase este a la Virgen María, y cuando ya iba a dar-



LUTERO APRENDIENDO A TOCAR EL LAUD EN CASA DE URSULA COTTA

ciendo sus fuerzas físicas, crecían sus fuerzas morales, tomaban la dirección de un exaltado misticismo. Mas no pararon aquí sus desventuras.

Paseábase cierto día por los alrededores de Erfurt y por los senderos de una de esas selvas germánicas, donde parece que se oye aun el martillo de Thor, cuyos golpes resuenan todavía en la historia de Alemania, y que se ven, allí, en las sombras, los dioses carniceros, cuyos númenes protegen los combates y las matanzas. Iba Lutero acompañado de uno de esos amigos de la infancia, con quienes se habita en las aulas y se comunican las ideas merced á mutuos y cariñosos afectos de profunda y verdadera amistad. Lutero tomaba al jóven por depositario de todos sus secretos, por confidente de todas sus penas, por compañero de todos sus viajes, por cooperador á los esfuerzos de su entendimiento y á la adquisicion de su ciencia, por alma necesaria á su alma en esa edad en que las amistades toman el ardor y la exaltacion de las mayores pasiones. Recobrado de su enfermedad, vuelto á sus fuerzas, firmes sus piés y su cerebro, se entregaba el futuro reformador á la alegría de vivir y á la contemplacion del campo y del cielo, junto á su amigo predilecto, con el cual compartia todas sus emociones. De pronto, fuerte viento surge, tremenda nube viene, el relámpago centellea, el trueno retumba, el rayo cae; y la selva muge, como un océano encrespado. Lutero y su amigo se refugian bajo un árbol; y allí va á buscarlos y á herirlos la tormenta. Un trueno, tan espantoso que parece arruinar la máquina celeste, hace estremecer la tierra bajo sus plantas; un relámpago, tan voraz que les rodea de fuego, quema la sangre en sus venas; una chispa, tan poderosa que rasga los nervios, pasa por sus cuerpos; y Lutero queda trémulo y cegado y su amigo muere á sus plantas, sin exhalar una queja y sin decir una palabra. La exaltadísima naturaleza del reformador debió sentir un sacudimiento moral y material tan grande, que decidió de sus ulteriores vocaciones. Y, efectivamente, entró en su casa, colgó su túnica de doctor, envió sus insignias á la Universidad, escribió á sus padres; y fuése al convento de San Agustin, á cuyas puertas llamó, para que lo recibieran, pues parecia un cadáver ambulante, buscando por el mundo la paz y la quietud de las tumbas. En vano sus maestros expidieron los condiscípulos mas queridos para que le alcanzaran y le disuadieran; en vano sus padres le escribieron y le amenazaron, queriendo